

Domingo XXVIII durante el año - Lc. 17, 11-19

El evangelio de este domingo nos muestra una vez más a Jesús en camino a Jerusalén pasando por las fronteras de Samaria y Galilea. Jesús camina en las periferias, allí donde es posible encontrarse con quienes fueron excluidos de la sociedad, los que nadie quiere ver, ni tocar porque generan miedo y rechazo. Precisamente allí es donde escucha los gritos de estos diez leprosos, que a distancia, le suplican compasión. Y sin pretender nada para sí, ocupado en poner de pie la vida de estas personas, atento a sus sufrimientos, los manda a presentarse ante aquellos que podían certificar la curación y por tanto, posibilitar su reinserción en la comunidad.

Recibir esta palabra de confianza de parte de Jesús para ponerse en camino y presentarse ante los sacerdotes, seguramente significó para estos hombres el inicio de un camino sanador de su dignidad, de reconocimiento de su propio valor y de hacer lo que estaba a su alcance para acoger como un don la salvación que Jesús les regala. Lo cierto es que al verse curados, sólo uno regresa a dar gracias. Sólo un extranjero descubre que lo que le pasó es algo totalmente novedoso y necesita reconocer a quien es la fuente de esa vida nueva.

Vivimos muchas veces metidos en una cultura del reclamo y la exigencia, de lo que es importante para mí a cualquier costo, de una felicidad entendida como bienestar personal y de los míos, al margen de los demás. Entendemos muchas veces que nos va bien porque lo merecemos y que mucho de lo que vivimos nos es debido. Ese modo de caminar y relacionarnos multiplica grupos de hombres y mujeres que caminan aislados en las periferias, separados por brechas que los dejan fuera. El samaritano que se descubre curado y regresa alabando lo que Dios había hecho en él, nos invita a descubrir que la novedad de Jesús y de su Reino tiene que ver con la capacidad de abrir el corazón y las manos para participar del dinamismo del don que se comparte.

Y poder así reconocer el regalo de la vida, del amor, de la amistad, de la confianza, del perdón, dando pasos, como estos leprosos en busca de curación, para romper con la indiferencia que nos ubica frente a los demás sin reconocerlos, y con la impotencia de pensar que nada podemos hacer ante lo que nos preocupa.

Cuando agradecemos salimos de nosotros mismos, nos damos cuenta que no somos los iniciadores de cuanto acontece a nuestro alrededor, nos sabemos necesitados unos de otros, partícipes de capacidades y talentos compartidos.

Que podamos aprender de tantas maestras y maestros de la gratitud, que a nuestro alrededor hacen de su vida un don, como Jesús, aún en medio de situaciones muy difíciles. Y que la Palabra y el Pan compartido en comunidad ensanchen nuestra capacidad de ser agradecidos.



Carina Furlotti